

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso



y aunque el “caso” en cuestión me resulte tan poquito excitante porque para ser sincero “a ti te gustaría, ¿a que sí?” — dice — algo de más emoción, algo con riesgo, algo que pusiera de manifiesto mis dotes o habilidades para algo grande.



Pero, entendiendo que — en nombre de eso mismo que, según veníamos de decir (no haría si es que a él no le fallaba la memoria más de dos o tres semanas), en líneas generales admitiría sin ofrecer excesiva resistencia el calificativo de “principios” — más valía andarse con tiento y empezar sin demasiadas pretensiones y despacito, se hacía cargo perfectamente de cuál pudiera estar siendo mi punto de vista y aplaudía mi admirable modestia asumiendo la humilde condición de hombrecillo gris mal trajeado y harto de judías con chorizo que, pudiendo haber llegado a ministro, se contentaba aunque fuese profundamente entristecido con ser un escritor mediocre aunque, me ofreció, si prefería ser alguna otra cosa...

— No — le contesté echando con disimulo una ojeada a mi traje de corte impecable y a los gemelos que me regaló mi tía, no la del periquito sino mi tía Luisa; que en los puños de la camisa color azul claro quedaban muy bonitos —; escritor mediocre puede estar, para una primera toma de contacto con un mundo tan distinto del mío, bastante bien.

— Ya, pero — replicó — tampoco es del todo imprescindible quedarse con lo primero que el destino depara y si, ahora que estamos dando apenas los primeros pasos, tú crees que...

—No creo nada, de verdad — le aseguré —; y si bien es cierto que hubo un tiempo, cuando era niño, que quería ser esto o lo otro, a día de hoy ser escritor mediocre colma, podría decirse, mis aspiraciones...

— ¿Estás seguro?

— Sí.

— ¿Del todo?

— Sí. De veras...

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso

– ¿No te gustaría más, a lo mejor, ser piloto, o torero, o cantante de rock?

– No; no me veo.

– Bueno — y se encogió de hombros —; tú sabrás y allá tú con tus inquietudes y tus ilusiones y tus sueños. Pero si hay algo que, en fin, tú verás...

Pero que sería una lástima, en su opinión, dejar morir simplemente por timidez o cobardía unas aptitudes que, tal vez...



Y ahí, en ese *tal vez* y en esos tres puntos suspensivos hubiera podido quedar la cosa por aquel día — y por eso precisamente puse ese signo que se ve en el centro; para dar por cerrado el capítulo — dejando, un poco como en el aire y dando a la cosa un cierto aire de posibilidades latentes, como en embrión y que a saber qué imaginaría el lector que estaban prometiendo, la puerta abierta a unas posibilidades¹ que eche a perder por culpa de que se me había quedado entre ceja y ceja lo de las judías con chorizo.

Así que, cerrando ya prácticamente y a instancia de las miradas ansiosas que lanzaba la camarera — estaba embarazada y se la veía a la pobre cansada — al reloj la carpeta, no fui capaz de marcharme de allí rumiando no ya lo de “mal trajeado” que es algo que puede entrar en el terreno de lo subjetivo y, si a mi amigo mi traje no le gustaba, pues...; pero, lo de las judías con chorizo, lo de las judías con chorizo no era, de verdad, capaz de asumirlo — y no porque no me gusten las judías con chorizo — ni con subjetividad, ni con objetividad, ni con...

Así que se lo dije.

– Oye, por cierto — que no era muy “por cierto” pero entendí que era una forma de encajar el resto de la frase mejor —, que lo del traje no me importa y puedo dejarlo estar, ¿pero por qué estoy yo harto de judías con chorizo?

– ¿Que por qué estás harto de judías con chorizo?

– Sí, que no entiendo yo el...

¹ Otra vez, sí; posibilidades, pero no latentes sino verdaderas.

Versaciones de un chupaplumas

Por poner por caso

– O sea — dice, encendiendo un nuevo cigarrillo con mucha pinta de estar armándose de muchísima paciencia —: que quieres que te lo explique.

– Sí — le contesto —, pero en la calle.

– ¡Hombre, no te lo irás a tomar tan a mal!

Le explico en voz baja que es que es tarde, y lo de la camarera y su embarazo, y que parece tener gana de que nos marchemos.

Dice “ah, bueno, eso ya es otra cosa” y que porque, que me acuerde, habíamos hecho un trato.

– ¿Qué trato? — Yo.

– Pues nuestro trato, hombre.

Y me larga, cuando ya estamos en la acera, que soy un hombrecillo gris y un escritor de medio pelo, y que no vendo una escoba y que paso más hambre que el perro de un ciego, y que vivo en un cuchitril con goteras y que lo único que tengo es un camping gas en el que me caliento las manos en el crudo invierno y, muy de vez en cuando, el estómago con alguna lata que “bueno — concede mientras la camarera baja el cierre — puede también ser de lentejas o raviolis”.

– Ah — contesto.

Y cuando la camarera ya se ha alejado me dice que pues no se le nota el embarazo.

Y que pero también un tipo — prosigue — con imaginación y con recursos que aprenderá a encontrar si no se deja ganar por el desánimo sus portentosas capacidades para algo muy, pero que muy grande y, sobre todo y con más posibilidades de éxito, si sabe ingeniárselas para frustrar las expectativas de un lector que indefectiblemente espera que, a medida que avanza en la lectura arrastrando en su memoria lo que ésta ha ido seleccionando como elementos clave para la consecución de un desenlace dado, lo que queda por descubrir se adecúe a los propósitos que viene de intuir, encaje como las pieza de un rompecabezas encajarían para completar la redondez de una manzana en un bodegón o el extremo afilado de un pararrayos en un paisaje, y cierre con un broche de oro la sucesión de aconteceres que página tras página lo fueron poco a poco envolviendo e invitando a suponer, tan sólo, que las cosas terminarán como desea o finalizarán justo al contrario.